

zable. Algo de nostalgia o de inventiva queda en Donen. No en vano es el director de espléndidas comedias ("Dos en la carretera", "Cantando bajo la lluvia", a las que él mismo homenajea brevemente aquí). Pero, en cualquier caso, esta opinión sólo valdría a la hora de enjuiciar globalmente su obra. No en tanto se refiere a la decadencia de un género. ■ DIEGO GALAN.

Raphael, el libertino

Presentada en el Festival de Cannes de 1971 (y no de 1973, como por error decíamos la pasada semana), esta película de Michel Deville pasó por el Festival discretamente. Fue un año difícil; entre otras, se proyectaron también "Muerte en Venecia", "El mensajero", "Le souffle au cœur" y "Johnny cogió su fusil". "Raphael o el libertino" tuvo que interesar menos, aunque justo es reseñar que esta frenética historia de "amor fou" pareció "hermosa" y "bellamente decadente" a más de un crítico francés. El éxito que los guiones de Nina Compañeez han obtenido siempre entre este público justificaba el nuevo éxito (aunque fuera relativo). Y el "buen gusto" de la puesta en escena de Deville daba a la historia el aire preciso para hacerla pasar por un Visconti menor (en la pesadez superficial de quienes siguen pensando que el cine de Visconti importa por sus decorados y sus bailes). Y, sin embargo, esta historia de la decadencia de unos personajes "prisioneros" de sus criterios morales e imposibilitados de entenderse entre sí a causa de esos valores jerarquizados, ni tenía en manos de Michel Deville el rigor que se exigía ni su preciosismo escénico superaba la simple ambientación. Muchos hablaron del error de confiar a Maurice Ronet un papel para el que no parecía estar condicionado, pero lo cierto es que ningún actor —tenga el físico que tenga— puede traspasar un personaje de cartón-piedra en el que las motivaciones (cuando de una película "psicológica" como ésta se trata) no tienen peso específico.

Que la censura española haya dejado atravesar las fronteras a esta película (sólo cinco años después de su estreno en Francia) está bien. Menos, en cambio, que continúen en el anonimato los restantes títulos de aquel Festival de Cannes (por tomar sólo esta referencia) que, con mucho, interesan más. ■ D. G.

JAZZ

San Sebastián 76: los que cambian y los que persisten

El Festival de "Jazz" de San Sebastián de 1976 no ha deparado muchas sorpresas. Una organización sencilla ha permitido que casi todo se desarrollara conforme a lo previsto y quedara el suficiente tiempo libre para que los seguidores no acabaran agobiados y hartos de oír "C-Jam Blues" y "Perdido".

Como todos los años, se ha celebrado el concurso de "jazz" amateur, con participación bastante numerosa. Un Jurado premió con justicia al grupo Peruna, de Dinamarca, en la modalidad de "jazz" tradicional; en "jazz" moderno, los dos miembros checoslovacos del tal Jurado dieron el golpe y consiguieron que ganaran sus paisanos del Volf Jazztet de Praga, uno de los conjuntos más anodinos y menos modernos del certamen, de cualquier manera, dada la cuantía de los premios (20.000 pesetas), creo que lo importante era participar. Se han proyectado diversas películas sobre temas "jazzísticos", con especiales alusiones a Duke Ellington, a quien se dedicó un programa completo en el cual se incluía el film "Black and Tan Fantasy", que se estima la primera aparición de Ellington en la pantalla.

Como es normal que ocurra en los festivales de "jazz" europeos, la columna vertebral de esta edición del de San Sebastián la han constituido los conciertos de "jazz" tradicional. La nostálgica y deliciosa banda de Sy Oliver, que fuera arreglador de Jimmy Lunceford y Tommy Dorsey; la trompeta expresionista de Cootie Williams, con el apoyo de otros dos ellingtonianos, Booty Wood y el felizmente recuperado Sam Woodyard, más los franceses Gerard Badini, Raymond Fol y Michel Gaudry; y, sobre todo, el grupo Nice's All Stars, comandado por Doc Cheatham, Vic Dickenson y Eddie Barefield —tres fragmentos vivientes de historia—, hablan de que, al menos en el "jazz", el lenguaje clásico pervive sin imposiciones de ninguna clase. Hu-

bo también un multitudinario concierto de "blues" que a poco acaba en altercado de orden público: tras una cantante de "gospel", Mary Knight, salieron los acompañantes del "bluesman" Luther Allison, a quienes no se les ocurrió otra cosa que tocar, de calentamiento, "Cuando vuelva a tu lado". A lo mejor se trataba de un homenaje a Esther Phillips —o a Gato Barbieri—, pero el público no se lo tomó por ahí y organizó un escándalo impresionante, con lanzamiento de objetos y subida de algunos espectadores al escenario; cuando salió el bueno de Luther el fracaso era ya inevitable y, aunque el hombre lo intentó todo, hasta una pasable imitación de Hendrix, aquello rondó la catástrofe. Para concluirlo todo, la superestrella de la sesión, nada menos que John Lee Hooker, tuvo la noche confidencial e inició su actuación con varios temas lentos, casi hablados, que provocaron la desbandada poco menos que general en un público ya muy quemado.

Los conciertos estelares, y tal vez por eso los que más se prestan a la reflexión, fueron los del grupo de Herbie Hancock, que ya no se llama Head Hunters, y la orquesta de Lionel Hampton, que si tiene nombre y bastante sonoro: Jazz Inner Circle. Hancock, cuya actuación fue presentada como acto de reivindicación foral por coincidir con el centenario de la abolición de los fueros, dio una muestra acabada de lo que hace hoy: algo que cuando no se mete en profundidades recuerda por igual a Isaac Hayes y la Tamla, y que cuando profundiza se convierte en una pasta sonora sucia, pegajosa y energética, de indudable eficacia. En suma: una música llena de concesiones a un público que las agradece, pero genuinamente "negra"; confieso que me sorprendió, como también lo hizo el guitarrista Wah Wah Watson, plagado de efectismos, pero con momentos de relampagueante ferocidad.

Con Lionel Hampton las expectativas discurrían por otros cauces. Su vuelta, tras una complicada operación de la vista, era comentada desde distintas posiciones; quienes se fijaban en sus últimos discos sospechaban motivaciones exclusivamente económicas; quienes tomaban como referencia los ecos de sus actuaciones y los nombres de sus acompañantes esperaban al Hampton de los mejores tiempos. En San Sebastián, unos y otros comprobaron que Hamp insiste en su número de siempre, totalmente volcado hacia los espectadores, a quienes complace con sus inimitables dotes de



Herbie Hancock.

hombre de escena: les anima con ritmos elementales y temas conocidísimos, baja del escenario a bailar con ellos, les hace corear las canciones, aprovecha la ocasión para promocionarse regalando discos y, en suma, convierte su actuación en un espectáculo en el que todos participan. Como además esta vez trajo buenos arreglos y unos acompañantes fenomenales —sería una injusticia destacar a unos sobre otros—, su veterana fórmula de diversión garantizada funcionó a la perfección, permitiéndole destacar, más que como vibrafonista —para lo cual sus facultades sí que parecieron ya muy mermadas—, como jefe de banda. Hasta desmintió a quienes le tildan de reaccionario iniciando su concierto con un tema de Coltrane y finalizándolo con otro de Rollins...; en fin: el viejo Hamp insiste en llevar la contraria a los que desearíamos verle volando a casa en busca del merecido descanso, y seguirá haciendo estas cosas hasta que se muera.

Herbie Hancock y Lionel

Hampton son, en "jazz", dos mundos diferentes. Hancock ha protagonizado en los 70 uno de los cambios más espectaculares del panorama musical; Hampton, por su parte, persiste en hacer lo suyo, lo de siempre. Ambos, por lo que se ha visto en San Sebastián, saben ganarse al público. A lo mejor a ellos les basta con eso. ■ JOSE RAMON RUBIO

Fusiones y ficciones

El verano musical europeo sigue bajo el signo del "jazz-rock". No sólo los festivales de "jazz" de mayor solera (Montreux, Antibes y... ¿San Sebastián?) dedican sesiones a este género híbrido, sino que los mismos nombres también aparecen en los programas de otros eventos con orientación rockera. En Francia, los organizadores de "Riviera 76" (24 y 25 de julio) prometían nada menos que "36 heures avec les plus grands du Jazz-Rock" y "Canet Roc" puede ser algo similar en versión catalana. Además está la gira conjunta de los principales representantes americanos de la integración del "jazz" y el "rock": en la jerga de los promotores de conciertos, un "paquete" formado por John McLaughlin, Larry Coryell, Weather Report, The Billy Cobham-George Duke Band y Herbie Hancock. Un gran cartel que permitiría escuchar en una misma noche a numerosos "poll-winner" de las elecciones de "Down Beat", la veterana revis-

ta que ahora propugna la denominación de "fusion music" para estas formas que se escapan de la ortodoxia del "jazz".

Hay que aclarar que los dos primeros artistas no llegaron a actuar en España. En el caso de McLaughlin, quizá haya que explicarlo por el mal sabor dejado por las visitas de las últimas ediciones de la Mahavishnu Orchestra. Tal vez en penitencia por los pasados excesos, el guitarrista británico ha formado un sexteto totalmente acústico. Hay ecos de los esquemas de la M. O. en los intercambios instrumentales y los solos frenéticos, pero los seis músicos de Shakti tocan en realidad música hindú; sentados sobre una alfombra y con expresión de iluminados, su entusiasmo es tan visible como el aburrimiento producido por lo repetitivo de su largo recital. Larry Coryell también vino en plan acústico y sin el respaldo de sus compinches de Eleventh House. Su "test" fue corto y comunicativo: tres o cuatro piezas intrincadas que resolvió felizmente gracias a su espléndida técnica.

Así pues, a Badalona llegó un "paquete" más homogéneo. Comencemos por el grupo más multirracial: Weather Report. En "Black Market", su última grabación, la música de W. R. parece estar peligrosamente comprimida y recargada; en directo, evitan ese encorsetamiento, pero Zawinul y Shorter dan la impresión de agotamiento creativo dejándose arrastrar por la sección de ritmo en la que destaca un impetuoso bajista llamado Jaco Pastorius. Por otra parte, abusan de las cintas pregrabadas, lo que supone una renuncia a la espontaneidad.

Tampoco hay demasiadas sorpresas con Herbie Hancock, que dirige una banda totalmente de color. Al igual que los líderes de Weather Report, Herbie se concentra en guiar a la música por unos cauces predeterminados, y parece más hastiado que otra cosa. Iba con suficiencia de unos teclados a otros, pero los solos de otros tiempos brillaban por su ausencia. Claro que el rollo actual de Hancock no es propicio a tales lujos: es "funk"- "jazz" convencional, diseñado para los pies más que para la cabeza. Y sus músicos lo hacen gloriosamente bien, con mención especial para Melvin Wah-Wah Watson, cuyas frases cortantes y agudas explican por qué es uno de los músicos de estudio más solicitados de Los Angeles.

Queda la banda de Billy Cobham y George Duke. Un cuarteto sólido que practica un "jazz"- "rock" ortodoxo, pero lleno de vigor. Cobham sigue castigando a la batería con fuerza diabólica, Duke ataca a los instrumentos de teclas con igual energía y Alphonso Johnson es otro bajista formidable. El cuarto miembro es un joven guitarrista blanco que, comprensiblemente, parece estar muy emocionado por tocar en semejante compañía.

A destacar finalmente que no hubo "jam sessions" ni colaboraciones espontáneas entre los músicos de un grupo y otro, a pesar de que muchos de ellos habían tocado juntos anteriormente. Tal parece que la élite del "jazz-rock" ha olvidado los placeres de improvisar y se halla encerrada en fórmulas rígidas y sin alegría. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

intentado, desde principios de los años 70, aglutinar a una juventud que busca la libertad, que desdeña los convencionalismos y que desea, aunque sea por unas horas y en un recinto acotado, gritar, aplaudir y huir de todos los condicionantes políticos y sociales con los que se ha de enfrentar día a día fuera de esta reseva musical.

La experiencia de la isla de Wight animó a un grupo de catalanes de pro a intentar algo similar en el país. Las veinticuatro horas de música progresiva, celebradas en Granollers en 1970, supusieron un revulsivo y una concepción insólita en el tipo de festivales populacheros que imperaban hasta el momento. La experiencia se trasladó a Canet "sur mer", en el recinto cerrado de un palacio de deportes de la localidad. Pero no será hasta 1974 cuando las "Sis hores de la cançó" comienzan a despertar la atención. Es el año de las primeras octavillas, las primeras banderas catalanas, y del escaso número de jóvenes que acudían a Canet, se pasa a la importante cifra de 15.000 personas. Canet 75, en época predemocrática, fue la culminación de esta concentración anual. Por primera vez el festival se celebra al aire libre, en el recinto del Pla d'en Sala, que alberga a 30.000 espectadores, y los gritos de libertad, la cerillas encendidas, las pancartas y las banderas salieron colectivamente a la luz de la noche. El clima llegó al máximo cuando Rafael Subirachs cantó "Els segadors", la identidad nacional surgió y los jóvenes se volcaron, corearon y agitaron sus "senyeras". El mito de la libertad y el ambiente político en las "Sis hores" acababa de nacer.

Este año, el permiso gubernativo para la celebración del festival tardó en llegar. Los organizadores lo tenían todo previsto, desde el alquiler del recinto por cinco años, hasta la construcción de taquillas, sanitarios y una gigantesca valla de hormigón de cuatro metros de altura para evitar los saltos de los avispados. Se rumoreaba que el "placet" para la celebración de las "Sis hores" no iba a producirse. La concentración de miles de personas despertaba sospechas entre la autoridad gubernativa, y más cuando estaba previsto que una de las columnas de la "Marxa de la libertad", que a trancaes y barrancas va cubriendo sus objetivos, llegaría el mismo día de la celebración del festival a Canet. La organización "pebrot" respiró tranquila el día 22 cuando recibió la autorización oficial. Inmediatamente, el "grup de joves"



Weather Report: Manjares exóticos para un grupo en la encrucijada.

CANCION

"Sis hores de cançó catalana", en Canet

Sesenta y dos mil metros cuadrados para 60.000 espectadores en las "Sis hores de la cançó catalana", en Canet. Tal ha sido el balance de una audición musical y una concentración cívica que cada año roza más el terreno de lo político.

Canet de Mar, población costera del Maresme Catalán, ha